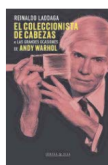


El mundo horizontal
Bruno Remaury
Editorial: Periférica
Traducción: Blanca Gago
152 pp. 18 €



El coleccionista de cabezas
Reinaldo Laddaga
Editorial: Jekyll & Jill
272 pp. 24,70 €

ALFONSO
VÁZQUEZ

El horizonte del agua

El francés Bruno Remaury sorprende con su ensayo 'El mundo horizontal', un viaje raudo, cargado de vena literaria y con armazón intelectual, desde el arte de las cavernas al desarrollo de la energía nuclear

¿A qué se parece el discurso intelectual y literario de Bruno Remaury? A este doctor en Antropología social, nacido en 1961 en Toulouse, se le compara con Walser y con Sebald, a la hora de hilar las cuestiones mundanas. En España hay un intelectual parecido a él, capaz de entrelazar con un manejo poético de la lengua los viajes más dispares a lo largo de los siglos: el ensayista Ramón de Andrés, tan ligado al universo musical.

Pero también se pueden encontrar paralelismos con el reciente y estupendo ensayo 'A orillas del tiempo' (Siruela) del catadrático de Historia Antigua de la Universidad de Málaga Fernando Wulff, quien nos presenta la Historia como un tapiz unido por hilos compartidos, y nos ofrece un viaje cargado de sentimiento.

Con el antropólogo francés viajamos milenios en las breves 150 páginas de 'El mundo horizontal', con el que quedó finalista de los premios Médicis de ensayo. El título hace referencia a un poema de Auden («Honremos, si podemos/ al hombre vertical/ aunque no valoremos/ sino al horizontal») y es el santo y seña del argumento, desarrollado con espíritu de artesano del lenguaje.

Porque hay que remarcar que lo mejor de este librito, editado por la editorial extremeña Periférica es su subyugante y poético

lenguaje, en la traducción al español de Blanca Gago.

Sostiene Bruno Remaury que la Humanidad ha ido abandonando, con los siglos, la «visión mística del tiempo», que ha sido suplantada por «la visión mitológica del espacio». En suma, hemos transitado de un mundo vertical en el que nos comunicábamos de abajo a arriba con la divinidad, a un mundo sin barreras ni dioses; ancho y ajeno, que diría Ciro Alegria.

Comienza este viaje por la Historia del planeta con el descubrimiento, en 1906, en una cueva francesa, de cientos de manos plasmadas en la roca hace miles de años y todas, apuntando a las alturas. Como recuerda, «todas esas manos sirven para algo, aunque desconozcamos para qué, relacionado con la trascendencia y lo sagrado, con los astros, los antepasados y la deidad».

De ese mundo prehistórico que trata de comunicarse con lo trascendente, Remaury nos traslada, en la misma zona y época, a una tragedia minera vivida en las entrañas



de la Tierra. Y continúa el viaje, estructurado en tres partes, a épocas y rincones del globo de lo más diversos, para retratar ese proceso de transformación hacia el mundo horizontal, simbolizado en el poder de comunicación del agua. A este respecto, tan bellos como los párrafos dedicados al arte prehistórico son los que dedica a la fascinación de Leonardo da Vinci por el agua, así como cuando se mete en la piel de los emigrantes que arriban, por mar, a la nueva tierra prometida, América, sumum de la expansión territorial sin límite, simbolizada, tras la II Guerra Mundial, por su fascinante red de autobuses Greyhound.

Por este librito desfilan mineros, prehistoriadores, soldados, jóvenes burguesas, fotógrafos y hasta San Cristóbal, la bomba atómica y los siete durmientes de Efeso. Un tránsito de la caverna a los espacios infinitos que deja al lector con la sensación de haber asistido a un 'viaje cuántico', con las alforjas repletas de la prosa poética del ensayista francés. ■

RICARDO
MENÉNDEZ SALMÓN

Todo Warhol

Reinaldo Laddaga plantea en 'El coleccionista de cabezas' una visión de conjunto rica y fértil de la obra del artista de Pittsburgh

Quien haya frecuentado la obra de Andy Warhol habrá sentido que muchas de sus propuestas resultan, a primera vista, irritantes por su banalidad, una suerte de provocación. Pero ese degustador concienzudo también habrá comprendido que aquel tipo pálido como un cadáver, de aspecto enfermizo y un poco repulsivo, llevaba dentro de sí un sensor único para detectar las líneas de fuerza de su tiempo, entre las cuales la estupidez consentida y la tentación de lo efímero no resultaban las menos relevantes. 'El coleccionista de cabezas', el magnífico ensayo que Reinaldo Laddaga dedica al artista de Pittsburgh, apunta a subsanar cualquier lectura reduccionista de la obra a examen y plantea una visión de conjunto rica y fértil, que abraza la multidisciplinariedad del discurso material de Warhol para arrojar un saldo exuberante. Las primeras líneas del libro resultan programáticas y premonitorias: «Su pasión principal [de Warhol] no era fabricar obras destinadas a ser escuchadas con la clase de atención demorada que prestamos a las piezas maestras de la tradición, sino diseñar ocasiones en las cuales los objetos singulares eran parte de espectáculos cuyo torbellino debía hacerles perder a los es-

pectadores el balance, la lucidez y el equilibrio».

Laddaga rastrea esas «ocasiones» en el elenco en apariencia inagotable de intereses que Warhol puso en marcha ya desde muy joven, y en el que, junto a nombres con los que comúnmente se le ha asociado (Duchamp, sobre todo, un creador cuya producción se utiliza como pretexto para el debate teórico antes que como herramienta para el análisis crítico, y que brilla dentro del canon de la historia del arte como paradigma del autor obsesionado por la concepción de la obra como vehículo de transmisión de ideas), aparecen otros menos obvios como Henri Matisse, Paul Klee, Josef Albers, Ray Johnson o Grant Wood, y se mencionan una serie de prácticas (el corte y confección, la generación de tapices y telas, los dibujos animados) que apuntan a la relevancia que Warhol concedió siempre a lo artesanal, y que acabarían por resonar en una obra atenta al residuo, al resto, al desecho, enamora-

da de técnicas no siempre «limpias» (su gusto por la serigrafía, su pasión por el cine underground, su amor por la Polaroid como apoteosis de la inmediatez), constelando el cielo warholiano hasta prestarle ese singular y muy atractivo sesgo de provisionalidad e incertidumbre.

No en vano, ese desconcierto que, aún hoy, provoca su obra (se trate del esfuerzo cognitivo que implica contemplar una película como The Chelsea Girls o la incomodidad manifiesta que una serie como Muerte y desastre provoca en el espectador), quizá sea la marca de agua de un creador que fue algo más que el lector de privilegio del siglo americano, cuyo centro ocupó con representaciones ya inevitables (latas de sopa, actrices suicidas, jercasas chinos) de un mundo definido por la plétora, aunque fallido en su búsqueda de un sentido, y que Warhol atrapó con su talento para convertir ciertas imágenes en la caja de resonancia de un estado de cosas hueco y anómico. ■

